



DISCURSO XI

*Promover y difundir el culto de la Divina Eucaristía
es la necesidad absoluta de nuestros tiempos
y la señal inequívoca de nuestra
predestinación.*

*Benedictus et laudatus sit in omni momento
Sanctissimo ac divinissimo Sacramento.*

Bendito y alabado sea en todo momento
El Santísimo y divinísimo Sacramento.

(ALABANZA TRADICIONAL DE LOS CATÓLICOS
A JESUCRISTO SACRAMENTADO).

1. Bellas y sublimes palabras las que acabáis de oír, deben ocupar seriamente vuestra atención. Con esta frase la Esposa del Cordero, acompañada de miles angelicales voces y de millones de contritos corazones, ha comenzado y terminado en todos los siglos sus religiosos actos. Con esta frase se han saludado siempre mutuamente los religiosos y se ha pedido alguna gracia en las porterías de los conventos. Con esta frase nuestros padres, al compás de musicales instrumentos, cantaban al Dios de la Hostia endechas terminísimas. Esta frase pronunciaba en voz alta el simpático vigilante al pregonar por las noches la hora por el reloj marcada, y repetían nuestros ascendientes al llamar á una puerta ó al entrar en una casa. Esta frase era el motivo poderoso para descubrirse públicamente ó para arrodillarse en el suelo. Esta frase era la señal de alarma para entrar en reñido combate, y la que repetían entre aplausos y vítores nuestros cruzados al empezar las luchas religiosas. Una blasfe-

mia contra el Sacramento hubiera constituido suficiente delito para que nuestros valientes antecesores hubiese dado cuenta en el acto del desgraciado que la profiriera. Es que por medio de esta dulce frase los demonios huyen, se esfuerza el ánimo, se robustece la fe, se anima la esperanza y la caridad hierve en santos fervores. ¡Ah! pronunciémosla con fervor: Sea bendito en todo momento el Sacramento Santísimo.

Tan sabia, tan magnífica como se ha mostrado siempre la Iglesia en todas sus producciones, en sus instituciones todas, nunca se la ha visto resplandecer tanto en aquellos respetables atributos como cuando se ha tratado de las instituciones y producciones eucarísticas. Aquí es donde la predilecta de Jesucristo, fundiendo totalmente su espíritu en el de su divino Esposo, á la manera que Ntro. Señor, para realizar el milagro del Sacramento de los altares, derramó todas las riquezas de su mano y agotó su inmenso poderío y su infinita ciencia y su excesivo amor, así la Iglesia santa, para llevar á cabo las obras eucarísticas, esas obras con que honramos debidamente á Jesús sacramentado, hizo un supremo esfuerzo, y en el torrente de gracias que la inundaban se salió por decirlo así, fuera de sí misma, y, rebosando de santo celo, dió la última pincelada á aquellas venerandas instituciones.

2. Hay en cada uno de nosotros, en nuestro temperamento, en nuestra manera particular de ser, un resorte en movimiento continuo. Es aquella inclinación natural ó simpatía que sentimos hacia alguna cosa ó profesión, etc., ó también hacia alguna persona ó á alguna de sus especiales cualidades. Cuando de ella nos hablan, ó siempre que la consideramos, un vivo interés despiértase de repente en nuestro espíritu, y al alegrarnos, al gozarnos interiormente en ella, nos estimulamos á trabajar por la misma sin descanso, por más que aunque nos interese por otras personas ú objetos no lo verificamos con tanto entusiasmo. Esto mismo sucede á la Iglesia de Jesucristo. Su resorte en continuo movimiento que declara su particular constitución, es Jesucris-

to Sacramentado. Hacia Él tiene tal propensión natural, y por Él guarda profundas simpatías tales, que siempre que de Él se trata es asaltada al momento por el interés de su gloria. Es que, digámoslo francamente, Jesucristo Sacramentado es su principio, su vida, su norte y su fin. Para Él tiene objeto y misión en este mundo; en consecuencia, todo lo demás, por santo y sagrado, por bello y sublime, por útil y necesario que le sea, todo se subordina á Jesucristo Sacramentado. Porque es principio de la Iglesia y de sus formas, todo se le ha de sujetar; porque es su vida, nadie ni nada puede substraerse á su influencia; porque es su norte, todas las cosas han de recibir de Él su dirección; porque es su fin, todo necesita propender á Él. Ciertamente, en la Iglesia todo gira en derredor de Jesucristo Sacramentado, como los planetas giran en derredor de sol; todo necesita á Jesucristo Sacramentado, como á los puntos de la circunferencia precisa su centro. He ahí por qué con grande aplauso ha dicho León XIII (1) que todas las otras formas de piedad, cualesquiera que ellas sean, tienen en la Eucaristía su objeto y su fin; y he ahí por qué imprescindiblemente la Iglesia se estimule, se entusiasme, trabaje más por las obras é instituciones eucarísticas que por las demás.

Estos precedentes sentados, vengamos á la proposición, lógicamente de ellos deducida, que formará el objeto de este discurso, á saber: *Promover y difundir el culto de la Divina Eucaristía es la necesidad absoluta de nuestros tiempos: 1.ª parte; y la señal inequívoca de nuestra predestinación: parte 2.ª.*

PARTE 1.ª

3. Para desarrollar cual cumple el primer término de la proposición enunciada, debo recordaros que la Santa Eucaristía es el Sacramento de la Fe: *Mysterium fidei*. Estas palabras que la Iglesia pone en boca del sacerdote todos los días, al recitar la augusta forma de la consagración, no

(1) Encíclica sobre la Eucaristía.

sólo son el compendio de todo el dogma eucarístico, sino de todo el dogma cristiano. Misterio de la Fe: por él creemos que el cuerpo de N. Señor Jesucristo se halla verdaderamente bajo los accidentes del pan consagrado, y que asimismo su divina sangre se contiene realmente bajo los accidentes del vino, sin confusión, sin mezcla con los accidentes, como suelen estarlo las substancias, sino por modo maravilloso; por él creemos que en ese divino Sacramento, juntamente con el Cuerpo del Salvador, se halla su benditísima alma tan gloriosa y tan glorificada como lo está en el cielo; por él creemos que en ese mismo bello Sacramento, juntamente con la adorable Persona del Salvador, se halla unida hipostáticamente la Divinidad, puesto que dicha sagrada Persona es divina; por él creemos que juntamente con la divina Persona del Salvador subsisten el Padre y el Espíritu Santo, personas divino-distintas de la de Jesucristo, pero unas con Él en cuanto á la esencia divina; por él creemos que la Iglesia y los sacramentos, ordenados están para y con su respecto; por él, en fin, creemos todo el dogma católico, y sin su creencia todo se marchita, se desvirtúa, se torna al caos. Ved, pues, lo que es el Misterio de la fe. Quien cree en él, forzosamente ha de creer rendidamente cuanto propone la Iglesia Católica á nuestra fe, ¿cuántos, por consiguiente, no han de ser nuestros esfuerzos porque se conozca, porque se crea, porque se adore, porque se reciba este hermoso Sacramento? ¡Ah! Su devota adoración y, sobre todo, su digna recepción estimula la razón en obsequio de la fe, que la torna humilde, sencilla y fuerte contra las tentaciones de incredulidad. Cuanto más se vea, y se adore, y se reciba este santo Misterio, tanto más se le reconoce, tanto más se cree en él, tanto más se le ama. He ahí por qué es una necesidad absoluta en nuestros tiempos promover el culto de la Divina Eucaristía, puesto que es un medio para reanimar y hasta para recobrar la fe.

Con efecto: en este siglo de tanto indiferentismo, de tanta incredulidad, de tanto egoísmo, de tanta decepción, en que por lo general se cree en todo menos en lo que ra-

cionalmente debe creerse, al modo que en tiempo de los césares romanos se adoraban todos los dioses menos el Dios verdadero; en este siglo de tanta frialdad en la fe, nada tan á propósito para levantar y reanimar á la primera teologal virtud que mostrar á los frios en el Catolicismo esa bella Hostia de los altares; nada tan conducente como acercarlos á Ella; sus rayos divinos tocarán necesariamente sus tenebrosas frentes; herirán de muerte la incredulidad en ellas anidada, y esas almas verán la luz del cielo al propio tiempo que desaparezan las nieblas de sus viejos errores. Creedlo; hoy se necesita más que nunca la acción de Jesucristo Sacramentado, sobre el individuo, sobre la familia y, muy en especial, sobre la sociedad; es menester sacar del templo la Divina Hostia, y avanzar sobre las gentes del siglo para conquistar palmo á palmo el terreno que nuestra falta de iniciativa y nuestra cobardía ó insidia, ha perdido para nuestra desgracia; es preciso pasearla en triunfo, para que los hombres vean y crean que Jesucristo reina desde una Hostia sobre el mundo, y se acerquen y unan á Él para sumar sus ejércitos, antes pujantes y victoriosos, hoy reducidos y cobardes.

▲. Asimismo, indispensable es difundir su adoración y su culto, porque la Divina Eucaristía es un medio aptísimo para recobrar la esperanza debilitada ó perdida. Nuestro siglo, así como abunda demasiado en incrédulos, abunda otro tanto en desesperados; faltando la fe, base del edificio cristiano, se ha derrocado necesariamente la esperanza; y he ahí que, por más que afirmen lo contrario, se ven sumidos en espantosa desesperación. Al abandonar á Dios, les abandonó también la gracia divina, y no es extraño que de vez en cuando se lamenten que los negocios, los intereses, la familia, la fortuna, los honores y hasta los goces de este mundo se escapen de sus manos, ya que esta precipitada fuga no es más que un justo y merecido castigo del pecado contra la esperanza. Sí; hay católicos disipados que viven balanceándose entre el pecado venial y el mortal, y llegan á dudar prácticamente de la amistad que con Dios puedan tener, y de si les sobrevendrá una muerte repentina é impeni-

tente: éstos se hallan al borde del hondo precipicio de la desesperación. Hay católicos relajados cuyo indigno proceder es un continuo pecado grave, y creen positivamente, ó que Dios les ha abandonado á sus propias fuerzas, ó que ellos no pueden sacudir el sueño de muerte para entrar en una resurrección santa: éstos se encuentran en el fondo de la desesperación misma. Hay católicos apóstatas que, después de su venal apostasía, jamás han esperado en Dios y en su gloria, porque procuraron ahogar los sentimientos que periódicamente en su alma surgían á su favor: éstos excusa decir que se hallan bajo el peso de terrible desesperación. Hay, finalmente, católicos malvados cuya ignominiosa profesión consiste en hacer cruda guerra al cielo reclutando hombres para el infierno; su ceguedad es tanta que apartan la luz para no ver; en continua y amarga lucha consigo mismos se ven despreciados de los hombres y abandonados de Jesucristo. Decid, pues, á todos estos desdichados católicos, decidles que acudan á la Iglesia con el auxilio de las obras eucarísticas; y por estas obras eucarísticas entiendo, no solamente las puramente tales, sino las socialmente eucarísticas, que son las caritativo-sociales; llevadles vosotros mismos de la mano á las gradas del altar santo; mostradles el tabernáculo y la Hostia bellísima que encierra, y no temáis declararles que Ella es la prenda invaluable y segura de nuestra santificación, de nuestra resurrección y salvación; decidles más: decidles que Jesucristo, por asegurar su formal promesa de conducirnos un día á la eternidad feliz, ha querido quedársenos en rehenes á fin de que, viéndole y poseyéndole nosotros continuamente, nos persuadamos que el que se nos dió todo en este suelo, también, según lo ha prometido, se nos dará todo en el cielo. Añadidles, finalmente, que ese mismo Dios Sacramentado ha de ser la herencia eterna del paraíso prometido á los que creen, y esperan en Él y le aman; que Él desea salvarlos y hasta les convida con su amor, diciéndoles: Venid á mí cuantos andáis trabajados y cargados que yo os aliviaré (1) ¡Ah! ¿Existe alguna invi-

(1) Math. XI, 28.

tación tan afectuosa á la que los hombres desesperados puedan resistir? Si, pues, mediante Jesús Sacramentado se recobra la esperanza, justo, conveniente, imprescindible será que se propague su culto y se obtenga la satisfacción de una de las mayores necesidades actuales.

5. Al hablar de la esperanza, surge inmediatamente en nosotros la grata idea de la caridad. Todo el mundo presume entender la ciencia del amor, pero muy pocos son los que prácticamente la entienden. Yo no diré lo que es y lo que no es el amor; creo, en verdad, que todos sabéis lo que es, por eso huelga explicarlo; pero sí añadiré que el egoísmo es un vicio diametralmente opuesto al amor cristiano, el cual se reduce á querer y no querer para los demás lo que queremos y no queremos respectivamente para nosotros mismos; sí añadiré que el egoísmo ha sentado sus reales en ambos hemisferios, usurpando sus funciones al amor cristiano, y que, á excepción de contadas personas, el egoísmo es el que impera en las conciencias y en las sociedades. Semillero de infinitos males y sentina de asquerosos vicios, el egoísmo, produciendo amargos frutos, tras el recelo, nos ha ofrecido la discordia; tras la discordia, la desunión; tras la desunión, el partido; tras el partido, el odio; tras el odio, la rebelión; tras la rebelión, la revolución; y tras la revolución, la anarquía. Cuanto más baja el amor cristiano, tanto más sube el odio pagano; cuanto más disminuye la caridad de Jesucristo, tanto más crece el egoísmo de Satanás.

Pero sépase infaliblemente que el amor de Jesucristo ha disminuído á proporción que los hombres se han alejado de la Fuente del amor. Á medida que los cristianos se han separado del altar, á esa misma medida resfriaron su corazón; y á proporción que les faltó la caridad de Cristo, abundaron en luciferina envidia. He ahí por qué hoy urge sobremanera arrancar del corazón de los hombres la envidia que les carcome y el egoísmo que les mata; y si la causa de estos trisísimos males consistió en que se apartaron de Jesucristo Sacramentado, el remedio único estriba en que se acerquen de nuevo á Él, á esa fuente de vida y de resurrección glo-

riosas, que transforma en hombres divinos á los hombres mundanos, y que esparce por todas las sociedades la paz y la tranquilidad públicas, estableciéndola antes en el corazón de los particulares.

Para el efecto precisa que tomen rápido vuelo las obras eucarísticas que tienden directamente, no sólo á tributar culto digno á Jesucristo Sacramentado, si que también á restar almas á Lucifer para sumarlas á Dios en el bello Misterio de su amor; no sólo á publicar debida y solemnemente las alabanzas del más alto de los Sacramentos, si que también á publicarlas con la misma solemnidad, pero con el mayor número posible de fervorosos católicos, atraídos á la Divina Eucaristía, como abejas al colmenar, por los propagadores del culto á Jesucristo Sacramentado. Después de todas estas reflexiones, ¿será inútil afirmar que es una necesidad de los actuales tiempos la difusión de los trabajos eucarísticos?

6. Hay una voz sabia, majestuosa, universal é infalible que corrobora todas mis aserciones, á la cual indispensable es oír. Esta voz es de León XIII: «Todavía hay muchos progresos que realizar (dice) y muchas instituciones que establecer, para que este don, más que ninguno divino, se vea rodeado del mayor esplendor y honra por los mismos que cumplen los deberes de la Religión cristiana, á fin de que tan alto Misterio reciba todo el honor de que es digno. Por lo cual deben desarrollarse más y más las obras eucarísticas que ya existen, y renovarse aquéllas otras que hayan perecido, como las Cofradías del Santísimo Sacramento, el Jubileo de las Cuarenta Horas, las solemnes procesiones con el Santísimo, las piadosas genuflexiones delante de los Sagrarios, y demás prácticas de la misma índole santas y saludables, añadiéndose cuánto importa emprender aquéllas otras que sugiera en este particular una discreta devoción. Pero sobre todo es necesario que se renueve en todas las naciones católicas la frecuencia de la Sagrada Comunión. *Los sacerdotes, empero, á quienes Cristo confió la misión de consagrar y distribuir su Cuerpo y su Sangre,*